

Prólogo La invasión molecular. Biotecnologías: teoría y prácticas de resistencia, Critical Art Ensemble¹.

1

Critical Art Ensemble (CAE) fue un colectivo surgido de la intersección entre el arte moderno y el activismo político que ha adquirido un cierto renombre internacional por el impacto de su producción artística, tanto práctica como teórica. Este impacto ha sido, inevitablemente, amplificado por la repercusión mediática del vía crucis judicial de Steve Kurtz, uno de sus miembros fundadores, bajo la acusación explícita o encubierta de bioterrorismo. El periplo de Kurtz comenzó en 2004 tras un desgraciado incidente: la muerte de su esposa Hope Kurtz mientras dormía, que coincidió en el tiempo con la preparación de una instalación sobre agricultura genéticamente modificada para el Museo de Arte Contemporáneo de Massachusetts. Este trabajo artístico exigía al matrimonio el uso y manipulación casera de diverso material biológico. En el clima de psicosis social posterior al 11S, un laboratorio *amateur*, con algunas placas de Petri y muestras con bacterias no patógenas, resultó indicio suficiente para intentar levantar un montaje policial delirante. Unas semanas más tarde el sentido común se impuso. Pero aún sin poder sostener una denuncia oficial de bioterrorismo, la operación represiva, de tinte macarthista, continuó su curso al amparo del estado de excepción cotidiano normalizado por la Patriotic Act. Kurtz y Ferrel, este último profesor de Genética de la Universidad de Pittsburgh y consultor científico en los proyectos de CAE, se enfrentaron a una posible pena de 20 años de cárcel por la distribución de bacterias inofensivas en distintos proyectos artísticos. En 2008 Kurtz fue declarado inocente y absuelto de todos los cargos. Ferrel se vio sometido a un año de libertad vigilada y una multa de 500 dólares.

¿Cuál es el limo histórico del que CAE emerge? La actividad del grupo se contextualiza en ese conjunto de comportamientos artísticos que, desde mediados de los ochenta hasta los primeros años del 2000, investigó el terreno de juego inaugurado por la tecnología informática. En él, CAE buscó organizar la experiencia estética comprometida entrelazándola con diversas luchas políticas, como es el caso que ocupa este libro. La popularización de Internet en la década de los 90 abrió, en este sentido, un espacio de creación y exploración vinculado con planteamientos como la reapropiación del saber, la autogestión y el activismo antineoliberal. Los límites éticos, políticos y estéticos de la Red, y su potencial utópico como espacio de libertad y emancipación, fueron ensayados no solo desde el campo de la militancia. También a través de distintas propuestas de signo estético como el Cyber Art, el Net Art o el Web-Art. Este es el sustrato de prácticas y experiencias colectivas en el que CAE se enmarca.

La primera fase histórica de esa corriente de subversión digital (el mediactivismo) se centró en objetivos como el de desmontar el monopolio de la información por parte de los grandes conglomerados mediáticos, discutiendo por tanto su control. Con un alto precio a pagar (el de contribuir a la degradación del vínculo social directo), y sin caer en triunfalismos inconsistentes, resulta indudable que la información *efectiva* ya no es hoy una prerrogativa del poder. El mediactivismo también nos ha legado importantes avances teóricos y prácticos en terrenos como el de la identidad, los derechos de propiedad o el software libre. Como en cualquier proceso de contestación social, los resultados son ambivalentes y susceptibles de discusión. Es innegable que el poder se ha mantenido en forma respecto a su capacidad de recuperación, sirviéndose de estas pautas emergentes para la necesaria y constante renovación de las prácticas culturales capitalistas. Pero, al mismo tiempo, el mediactivismo de la década de los 90 fue la matriz de una actitud resistente, no

¹ Prólogo del libro CAE (2013) *La invasión Molecular. Biotecnologías: teoría y prácticas de resistencia*, Madrid, Enclave de Libros.

siempre acertada en las formas ni en los contenidos, pero que sin duda ha ayudado a cuajar focos importantes de antagonismo. De modo parecido podríamos reflexionar sobre el enfoque artístico de CAE, un enfoque que puede despertar en ciertos círculos algún recelo o sospecha.² Sin embargo, estas polémicas son, a estas alturas, posiblemente estériles y solo contribuyen a enturbiar la contribución del texto al estado actual del debate.

Al menos a los ojos de quien escribe, *La invasión molecular*, libro publicado online en el año 2002, nos acerca a la faceta más estimable del grupo desde una perspectiva revolucionaria: sus aportes a la teoría crítica en el campo de la reflexión sobre las implicaciones políticas y sociales de las biotecnologías emergentes basadas en la ingeniería genética. El valor de algunas de sus reflexiones supera el marco delimitado por la resistencia específica contra la transgénesis y suponen una contribución en debates de mayor amplitud, que atraviesan hoy cualquier tentativa de resistencia anticapitalista: sabotaje, democratización del conocimiento, estrategia nómada y tácticas parasitarias.

La estructura del texto es la de un documento teórico y a la vez práctico, que busca captar la realidad de algunos fenómenos de los imaginarios colectivos del presente y paralelamente razonar sobre ciertas formas de resistencia. Independientemente de compartir o no la totalidad de sus posiciones, *La invasión molecular* es una herramienta que enriquece y diversifica el arsenal del análisis crítico por dos motivos: la naturaleza particular de CAE como colectivo activista, que dota a sus estudios de una sensibilidad singular, y el marco teórico que moviliza, próximo al constructivismo social radical propio de las distintas propuestas post-estructuralistas, que permite extraer un jugo nuevo a ciertas viejas cuestiones. Abordamos ambos con mayor detalle.

En primer lugar cabe reconocer en la cualidad artística de CAE un bien menor: es precisamente este origen en el medio artístico el que abre posibilidades para perspectivas teóricas refrescantes. Así, CAE es capaz de enfocar puntos ciegos que suelen pasar desapercibidos dados los hábitos reflexivos, y de socialización intelectual, de la teoría crítica tradicional. Pensamos, por ejemplo, en la atención prestada a los productos culturales (películas, novelas) a través de los que se entrelaza, de manera histórica concreta, esa *materia de los sueños colectivos* con la que opera la dominación política, pero también la emancipación. De forma más genérica, CAE demuestra su agudeza más afilada en los análisis de la dimensión simbólica que es constituyente, no como un epifenómeno sino como «carne espiritual», de cualquier relación de poder. En este sentido, *La invasión molecular* es un texto rico porque precisamente nace de una sensibilidad que no es meramente ideológico-política. Y, salvo algún pasaje puntual, el tema artístico se encuentra aquí en un tercer plano: este no es un libro para gente interesada en el arte, sino para gente interesada en la revuelta.

En segundo lugar, el constructivismo social radical del que CAE bebe filosóficamente es una perspectiva teórica especialmente inflamable al contacto con cualquier chispa de reflexión que

² A más de medio siglo de la demoledora crítica situacionista al arte contemporáneo y del desenmascaramiento de su verdadero sentido histórico como «conjunto social caduco pero materialmente dominante», es difícil entusiasmarse con un activismo político emprendido por los medios artísticos del Arte en mayúsculas. Más, teniendo en cuenta el papel que la cosmovisión artística tiene en la represión de la poesía generalizada y el comunismo del genio como *aventura de masas*. Dicho de manera más sencilla, poco o nada se puede esperar de algo susceptible de ser expuesto en un museo. A nuestro juicio, quizás extremista pero no infundado, el Arte es ya un campo social en el que gobierna siempre «la contrarrevolución permanente». Por tanto, pensamos que el debate no debería girar más en torno a la politización del arte sino, como ya fue planteado en los años sesenta, a la posibilidad de superación del arte en *otra cosa*. Si la creatividad está llamada a colaborar en la emancipación social, y por supuesto lo está (transformar el mundo, en palabras de Marx, asociado al cambiar la vida, de Rimbaud), lo hará a través de los códigos de la cultura popular y sus registros perceptivos. Sobra recordar que a ojos del pueblo un museo de arte contemporáneo siempre será, en una clara muestra de lo sencilla que puede ser la inteligencia, algo parecido a una estafa.

gravite alrededor de la idea de Naturaleza. Su ensañamiento con todo tipo de concesión esencialista, precisamente el ámbito de lo dado y lo esencial por excelencia, obliga a remover nuestras capas de prenocións sedimentadas. Estas son agitadas con violencia en un proceso muy fértil que despierta y aprovecha la furia iconoclasta que debería agitar toda labor y toda pasión teórica. Nos referimos a la destrucción de los ídolos invisibles, de los fetiches ocultos, de lo que tenemos interiorizado en nuestros propios esquemas de percepción y conducta, en nuestros hábitos, en nuestra axiomática de valores. En otras palabras, nos referimos a la *desmitificación de lo evidente*. La reivindicación del propio linaje es siempre reveladora. No es casual que CAE mencione como fuente de inspiración a alguien como Judith Butler, que cuestionó la realidad biológica de una categoría tan asumida, tan natural, tan aparentemente obvia como el sexo.

Desplazándonos al ámbito de las biotecnologías, CAE articula su crítica política desde presupuestos que no participan de la retórica de la autenticidad (natural-artificial), tan común en el pensamiento ecologista. Para CAE el pecado no está en el juego deconstrictivo con la Creación, sino en los intereses que guían el juego. Más adelante nos permitiremos añadir algún elemento más al debate. Pero aquí tenemos que reconocer que el constructivismo social radical, si se toma como una metodología parcial y no como una estrategia epistemológica general, es tremadamente fértil para la crítica. Casi una fase de obligado cumplimiento en cualquier reflexión social que no quiera quedarse atrapada dentro del radio de alcance de sus propias premisas.

Así empezamos a situar las tesis de CAE en su contraste con otros discursos y prácticas críticas con las biotecnologías: CAE defiende el análisis pormenorizado y particular, esto es, *caso por caso*, de las consecuencias y las implicaciones de la ingeniería genética. Así quiere evitar simplificar el conjunto heterogéneo de las biotecnologías emergentes bajo un paraguas conceptual común de efecto demonizador. Esto es el resultado lógico de unas coordenadas teóricas que invitan a pensar que la hibridación genética, en tanto que fenómeno de reconstrucción, no es un mal en sí mismo en una realidad que está en proceso de reconstrucción permanente. Lo que sigue dejando espacio para admitir lo nefasto de muchas de sus consecuencias, especialmente bajo un tipo histórico particular de estructura de dominio como es el capitalismo. De ello deriva el rechazo explícito de CAE a asumir la ideología del miedo como territorio en el que desplegar la guerra de guerrillas de la biorresistencia. Para CAE, la primera tarea revolucionaria ante el fenómeno de los Organismos Genéticamente Modificados (OGM) es, paradójicamente, una labor de desmitificación: solo neutralizando el factor miedo se podrá tener una discusión racional, pública y democrática sobre los OGM.

2

Los OGM no se limitan a los alimentos, pero es el alimento transgénico el tipo de aplicación que, a día de hoy, ha tenido una mayor repercusión económica y social. Por tanto, un mayor grado de influencia en las prácticas cotidianas de la mayoría de las personas. CAE reporta que el 40% de la cadena alimentaria mundial ha sido cooptada por corporaciones que trabajan con alimentos transgénicos. En Estados Unidos y Canadá, el 70% de los alimentos comercializados contiene algún producto modificado genéticamente. A nivel planetario, las cosechas con un mayor porcentaje de transgénicos, en sus volúmenes finales de producción, son las de soja, algodón, maíz y colza, con un 77%, 49%, 26% y 21% respectivamente. Solo por poner algunos ejemplos del peso de los transgénicos en cultivos nacionales, el algodón transgénico supone el 87% de todo el algodón de la India, la colza transgénica canadiense un 86%, mientras que la remolacha azucarera Roundup Ready, resistente al glifosato, el 95% de todo el cultivo de remolacha norteamericana. España no solo es el único país de la Unión Europea donde se ha tolerado el cultivo transgénico a gran escala

(ocupando el maíz Bt el 21,6% de la superficie cultivada de maíz),³ sino, como constata con amargura René Riesel, «el único país de Europa occidental en el que los cultivos transgénicos se han extendido sin encontrar un solo obstáculo».⁴ Por cierto, es pertinente constatar que hasta ahora solo nos hemos enfrentado a una versión *light*, humilde, de la recombinación transgénica: básicamente la innovación se ha centrado en plantas modificadas para la resistencia a ciertos herbicidas. Los verdaderos centauros y las sirenas agrícolas están todavía por llegar.

La lucha contra los ogm es tan antigua como su implantación. La destrucción de cultivos experimentales por activistas cercanos a la deep ecology, tanto en Estados Unidos como en Alemania, data ya de 1987. En enero de 1998 tuvo lugar en Nérac, Francia, un sabotaje contra un centro de investigación en ingeniería genética. Esta acción supuso el disparo de salida para una serie de campañas y movilizaciones que llevarían a José Bové a la celebridad altermundista y a René Riesel a la cárcel. Hoy el ataque a las plantaciones continúa, en Francia y en Europa, bajo dos formatos inspirados en principios y estrategias políticas divergentes: por un lado, los Faucheurs Volontaires («segadores voluntarios»), una especie de Tute Blanche de la lucha antitransgénica, que practican la siega de campos a cara descubierta como una forma de desobediencia civil no violenta. Paralelamente, se suceden destrucciones clandestinas de campos transgénicos, trabando las investigaciones y añadiendo pérdidas en los balances de las empresas biotecnológicas. La escalada de conflictividad se acrecienta a medida que las biotecnologías emergentes se expanden. En los países de la periferia, esta toma otro cariz. En octubre de 2007, Valmir Mota de Oliveira, dirigente del MST brasileño, fue asesinado por guardias armados privados durante la ocupación pacífica de un campo de ensayos transgénicos de Syngenta en el estado de Paraná.

La acción directa no ha sido el único canal de la lucha antitransgénica, ni tampoco el recurso más empleado. Como es obvio, en esta lucha se han reproducido muchos de los patrones históricos que han caracterizado los nuevos conflictos sociales de las últimas décadas: la promiscuidad confusa y frentepopulista de los comienzos; la progresiva fisión del movimiento sobre la base de las divergencias estratégicas y tácticas que surgen ante los retos objetivos y las decisiones inciertas (con la polémica sobre el rechazo o el uso de la violencia jugando siempre el papel de manzana dorada de la discordia); la represión de los sectores más valientes o de los más descerebrados; la espectacularización mediática de los más exhibicionistas; los pactos con el diablo que firman los pragmáticos... De toda esta amalgama podemos extraer dos o tres victorias microscópicas para armar nuestras hondas y apuntar a Goliat, cuyo avance suele ser, a diferencia del relato bíblico, arrollador. En este sentido, los fallos judiciales contra algunos de los aspectos más aberrantes y genocidas de las biotecnologías modernas, como la fumigación indiscriminada de soja en Argentina, comienzan a sentar precedentes jurídicos reseñables. A su vez, moratorias que obstaculizan y frenan la colonización en marcha, como la de la berenjena Bt en la India o la moratoria de 10 años a la totalidad de los OGM de Perú, van y vienen en el vaivén cortoplacista de la gobernabilidad democrática. No seremos nosotros tan estúpidamente soberbios como para despreciar y ningunear estas pequeñas conquistas, pues se trata de mejoras concretas, y la verdad siempre es concreta. Pero tampoco tenemos por ello que ceder a la debilidad intelectual y la ingenuidad práctica de concederle alguna otra oportunidad al mecanismo democrático burgués. Y mucho menos darle demasiada importancia al *show* de cumbres y contracumbres que aglutina periódicamente a las cúpulas profesionales de los movimientos sociales persiguiendo a las élites del poder por el globo, como una sombra repudiada en busca de la atención de su padre. Creemos que un movimiento de resistencia

³ Datos hasta el año 2009 extraídos de: Jorge Riechmann, *¿Qué son los transgénicos?* Madrid, RBA editores, 2012.

⁴ La afirmación es del año 2003, del texto *Los progresos de la domesticación*, editado en España por Muturreko Burutazioak. Desde el 2010, los sabotajes contra diversos campos transgénicos en España se han multiplicado. Por desgracia, en estos tiempos tan acelerados resulta dudoso seguir pensando que nunca es tarde si la dicha es buena.

real pasa poco por ese estilo de «conflictividad» consistente en levantar casas por el tejado sobre las arenas movedizas del colapso capitalista. Hay todavía pasatiempos más honestos que el diseño internacional de agendas ficticias que combinan, de forma esperpéntica pero no por ello poco previsible, unas pretensiones minimalistas con un nivel de incumplimiento sistemático.

3

El eurobarómetro del 2010 constató que el rechazo a los transgénicos entre la población europea era del 61%, dato que explica el repliegue de las grandes empresas del sector, que, a excepción de Bayern, no mantienen ya ningún centro de investigación en Europa. No podemos dejar de conectar esta bella *rara avis* europea con las distintas formas de intolerancia que, desde el boicot comercial hasta la denuncia legal pasando por las razias nocturnas de los neoluditas, han sufrido las empresas de biotecnología agraria. Tampoco podemos dejarnos llevar por un entusiasmo tonto. Europa importa anualmente millones de toneladas de alimentos transgénicos, que se dispersan por toda la cadena comercial alimentaria sin que sea impedido por sus detractores, aunque estos conformemos una amplia mayoría. Como advirtió Guy Debord a finales de los años 80, la mentalidad espectacular no destaca precisamente por su capacidad lógica, ni por poder extraer consecuencias prácticas de aquello que sabe.

Desde el surgimiento del metabolismo social industrial, cada nueva oleada tecnológica ha venido acompañada de una serie de promesas sobre su influencia determinante en el progreso social. Virilio constata que en el siglo XIX se pensaba que el ferrocarril universalizaría la democracia, unificando Europa en una gran ágora. Los ensueños democráticos 4.0 de los actuales entusiastas de Internet son un calco de estos viejos espejismos. ¿Por qué, sin embargo, los OGM no han logrado construir todavía una promesa potente más allá de una caricatura, que nadie cree, sobre su capacidad para eliminar el hambre en el mundo? ¿Por qué las biotecnologías emergentes se han topado con un rechazo popular tan espontáneo, tan masivo y tan visceral? CAE da en el blanco, y este es uno de los logros más destacados de su análisis, cuando apunta a la gran contradicción simbólica inherente a la aceptación social de la ingeniería genética: para implantar los OGM, el capital necesita romper con milenios de imperativos ideológicos diseñados para mantener separaciones sociales (raciales, de casta, de clase). Estos imperativos tienen su centro de gravedad en la tipificación de lo mestizo como un pecado y un tabú. Por tanto, la ruptura no resulta solo difícil por su arraigamiento popular, sino porque tiene que darse de forma restringida. En otras esferas se requiere mantener códigos esencialistas de integridad como premisa y fundamento de políticas neocoloniales, que siguen siendo necesarias para la reproducción social del capital. Los OGM siembran una incoherencia dentro de los presupuestos valorativos subyacentes de la cultura occidental. Esta necesidad de un doble rasero simbólico se vuelve difícil de gestionar desde los centros de poder.

La antropología social ha constatado, en numerosas etnografías, la importancia crucial de la dicotomía pureza/contaminación en los esquemas simbólicos de ordenamiento cultural, que a su vez cumplen una función esencial de estabilización y reproducción de las estructuras de dominio de una sociedad. CAE acierta cuando especifica que la utopía transgénica ataca este principio regulador del modo más profundo posible, al inmiscuirse y mezclar los límites de las separaciones naturales, de lo incombible según todas las cosmogonías del mundo. Esto es, la contaminación por excelencia, la contaminación ontológica, la que no solo rompe el orden sino los principios sobre los que se puede concebir la idea de orden. Desde los aportes recientes en biología molecular, el mundo de la vida está taxonómicamente dividido en tres dominios (Archaea, Bacteria, Eukarya). CAE proclama el nacimiento de un cuarto dominio, que quizás no tenga consistencia científica, pero sin duda sí la tiene en lo que se refiere a la repercusión social y política en los imaginarios colectivos: la *Transgenae*,

que agrupa las nuevas hibridaciones surgidas de la violación de los límites que imponen los genomas. La existencia del cuarto dominio implica la convivencia con los monstruos. Como CAE detecta, toda la mitología occidental, desde Ícaro hasta Frankenstein pasando por los seres imaginados por El Bosco, nos alecciona para rechazarlos.

Por último, CAE nos recuerda un hecho histórico que no debemos olvidar: la segunda mitad del siglo XX ha sido un intento de reconstrucción de la civilización occidental sobre el fracaso tenebroso de una promisoria utopía basada en la biología, que se formuló de forma prematura a finales del siglo XIX (cuando todavía no se daban las condiciones técnicas para una manipulación de la vida a la altura de las ambiciones del proyecto) y que, no obstante, inspiró alguno de los naufragios morales más infames de la historia humana. La eugenesia es una profunda herida en el inconsciente social que, felizmente, no ha cicatrizado. CAE no olvida que en los años 30 la Alemania nazi no era la única sociedad donde la mejora racial y biológica de la especie humana era política de Estado, situándose los Estados Unidos en la vanguardia mundial de la filosofía y la práctica eugenésica. Nosotros añadimos, por si alguien tuviera la tentación de hacer una lectura política maniquea y simplista, que la eugenesia desplegada entre 1900 y 1945 no era un programa circunscrito a las derechas políticas: «Se tenderá a la selección de la especie, de acuerdo con las finalidades de la eugenesia, de manera que las parejas humanas procreen conscientemente, pensando en producir hijos sanos y hermosos». Este pequeño fragmento no está extraído de las leyes de Nuremberg del III Reich, sino de la declaración del Consejo de Zaragoza de la CNT de 1936, en la que se exponían las bases programáticas del Comunismo libertario.

4

Pese a ser un argumento fuerte en el rechazo popular al transgénico, CAE interpreta la salud como el menos convincente de los impulsos antitransgénesis. Quizá esta tesis, llevada a la actualidad, se antoje precipitada dado el presente estado de la investigación científica. Lejos de requerir un menor uso de agroquímicos, los alimentos genéticamente modificados incrementan su empleo de forma exponencial: en Brasil el uso de herbicidas tóxicos ha aumentado un 190% en el año 2010, y en Argentina los datos reportan un aumento de un 1000% en los cuatro primeros años de expansión sojera. Las afecciones consecuentes (tumores, malformaciones congénitas, trastornos de fertilidad) se multiplican entre esas nuevas víctimas del *fuego amigo del Progreso* que son los habitantes de los Pueblos Fumigados, más de doce millones de personas solo en Argentina.⁵ Respecto a la incidencia del propio alimento transgénico, independientemente del agrotóxico asociado a su producción, es de destacar la ausencia de datos fiables por la fragilidad y la escasez de los estudios empíricos. Esto contrasta con la apología mediática del *lobby* transgénico, que asegura que la comercialización es siempre precedida por evaluaciones de riesgos muy exhaustivas. Sin embargo, lo cierto es que según un informe de José Luis Domingo y Mercedes Gómez, publicado en la *Revista Española de Salud Pública*, en las bases de datos Medline y Toxline se recoge una cifra minúscula de estudios experimentales rigurosos de corte toxicológico o microbiológico sobre alimentos genéticamente modificados. La mayoría de las publicaciones indexadas son estudios vagos, sin referencia empírica directa y dudosamente vinculados a los intereses de la industria biotecnológica.

Así pues, aunque la falta de atención respecto a las problemáticas de salud implicadas en los OGM no está justificada el ámbito científico, la postura de CAE es comprensible *políticamente*. Al fin y al cabo, el propio concepto de salud no es una categoría antropológica universal, dada en todas las épocas y lugares. Por el contrario, es una idea históricamente construida, fundamentalmente al

⁵ Grupo de Reflexión Rural: *Pueblos Fumigados: informe sobre la problemática del uso de plaguicidas en las principales provincias sojeras*, abril 2006. Disponible en: www.grr.org.ar.

servicio del proceso de medicalización moderna. De una medicina que tenía por objetivo garantizar el derecho a la vida, se dio paso a una medicina que tiene por objetivo garantizar el derecho a la salud.⁶ De este modo se rompió el marco de operatividad médica tradicional (la cura de la enfermedad) y, de una concepción defensiva de la práctica sanitaria, se pasó a una concepción ofensiva. Resulta en este sentido esclarecedor el comprobar la continua expansión de los datos biográficamente relevantes para el ejercicio médico. O también el establecimiento de criterios médicos en terrenos que antes eran autónomos de los sujetos (embarazo, muerte). Sin embargo, el rasgo más relevante de este imperialismo médico ha sido la colonización discursiva e institucional de horizontes de intervención no médicos por parte de la medicina. Y a través de este proceso de colonización médica muchos problemas sociales son descomprimidos como afecciones particulares. El trastorno psicológico es el caso más trágico, pero no el único, de los muchos *falsos problemas de salud pública* posibilitados por un concepto como el de salud que, por su propia naturaleza, alcance y amplitud, posee latencias totalitarias. Al fin y al cabo, la idea de salud como concepto afirmativo, frente a la cura de la enfermedad como concepto reactivo, introduce en la relación con el cuerpo un horizonte de cumplimiento imposible cuya consecuencia directa es la concentración de la mirada en nuestro cuerpo y la pretensión de su control, que nos vuelve mucho más vulnerables a las propuestas de soluciones médicas falaces.

Ivan Illich lo planteaba de manera brillante: la sociedad industrial nos ha enseñado *a sentirnos enfermos* y reclamar soluciones que, en la inviabilidad material de ser satisfechas, tienden al aumento de la dictadura técnico-política⁷. CAE lo expresa bien cuando afirma que obtener una legislación restrictiva del Estado en temas de salud relacionados con OGM implica aumentar su poder sobre nuestro cuerpo, que ya es abrumador.

Junto con la amenaza a la salud humana, *La invasión molecular* considera y analiza otros cuatro frentes abiertos en la actividad biorresistente:

- 1) Una nueva eugenesia social orientada por la competitividad de mercado. La transgénesis facilita que los valores del capital ya no solo estén inscritos en nuestros cuerpos, en lo referente a la socio-somatización que han estudiado autores como Bourdieu o Foucault. Ahora el moldeamiento material de nuestras subjetividades podrá darse a escala molecular, lo que abre posibilidades de sobresocialización y control completamente nuevas.
- 2) El desarrollo paroxístico de las tendencias monopolísticas y verticalistas en la industria alimentaria global, con graves chantajes a la soberanía alimentaria de los pueblos y vinculada a una nueva ofensiva de privatización de lo común.
- 3) La pérdida de biodiversidad provocada por el monocultivo transgénico. Al éxito reproductivo garantizado socialmente (primero por el proceso de domesticación agrícola y posteriormente por su uso industrial), ahora debemos añadirle ventajas biológicas a un nivel que la selección natural no puede generar en otras especies. La *sexta gran extinción*⁸ no puede, en este contexto, sino acelerarse. Como cualquiera que no sea un analfabeto ecológico sabe, el

⁶ Transformación en la que el plan Bereidge, que cimentó el Estado de bienestar fue un acontecimiento fundamental, pero que podríamos remontar a la obsesión higienista del siglo XIX.

⁷ Para más información sobre la vida y el pensamiento de Ivan Illich véase: David Cayley, *Conversaciones con Ivan Illich, un arqueólogo de la modernidad*, Madrid, Enclave de libros, 2013.

⁸ Actualmente la gran mayoría de los biólogos concuerdan que vivimos el sexto gran proceso de extinción planetario, pero esta vez, antropogénico, es decir, provocado por la acción de la especie humana. Este proceso comenzó con la desaparición de la megafauna al final de las glaciaciones y hoy, bajo efectos del capitalismo industrial, se ha acelerado hasta alcanzar unas tasas de extinción entre 10 y 100 veces superiores a cualquier otro momento de la historia natural de La Tierra.

empobrecimiento ecosistémico en el que nos hemos empeñado es catastrófico sin tener que adscribirse a una ética biocéntrica.

- 4) El peligro de un accidente. El Fukushima o el Bopal transgénico están esperando desencadenarse tras alguno de los fallos en los mecanismos de seguridad industriales que sin duda alguna, en algún momento, se producirá. Los desastres de *la segunda naturaleza* han pasado a ser costumbres incómodas de la vida industrial a los que ya nos hemos habituado. Quizá de una manera no muy distinta al modo en el que en otros tiempos uno se habituaba, de forma periódica, a las plagas o las hambrunas. Este es uno de los signos de identidad de nuestra época. Un rasgo de esa combinación de demencia institucionalizada y de deshumanización interiorizada que algunos han optado por llamar sociedad del riesgo.

Un breve apunte: las dos primeras problemáticas tendrían, supuestamente, su génesis en la lógica de acumulación capitalista y por tanto serían susceptibles de ser superadas en un escenario social postcapitalista, aunque este mantuviera una base productiva industrial. Las dos últimas, especialmente la potencialidad de un accidente transgénico, son inherentes a la ingeniería genética en tanto que técnica. Usando la terminología marxista clásica, el accidente transgénico es posible independientemente de las relaciones de producción que estructuren las fuerzas productivas. Curiosamente CAE se limita a denunciar el peligro del pancapitalismo, manteniéndose en la hipótesis de la neutralidad de la máquina, a pesar de que reconoce los efectos sociales nocivos de la técnica industrial. CAE se reafirma en la premisa de que la tecnología tiene orientaciones diversas según su uso social cuando propone, entre sus metodologías subversivas, el transplante del modelo del *hacktivismo* al campo biotecnológico. No tenemos aquí espacio suficiente para replicar esta idea. Pero queremos sugerir, de forma telegráfica, un contrapunto a modo de bengala, arrojada para señalar el camino a una de las fuentes indispensables de las que debería beber el pensamiento anticapitalista del siglo XXI: como defendieron Kaczynski, Semprún, Illich o Lewis Mumford, la tecnología no es neutral, sino que es una poderosísima fuerza social que impone sus propias determinaciones históricas, y que está preñada de sus propias inercias catastróficas.

5

La palabra *invasión*, que da título al libro, deja de ser una metáfora bélica para convertirse en la descripción exacta de un proceso empírico cuando se entiende que la ingeniería genética es una tecnología que nace en y desde los presupuestos sociales del capitalismo. Y, sin olvidarnos de las cuestiones distributivas, aquí nos interesa pensar el capitalismo prioritariamente como una formación social direccionalmente dinámica. Esto es, impulsada y obligada al crecimiento perpetuo por la lógica de autovalorización del valor.

La importancia de la ingeniería genética como sector estratégico no se explica si no se comprende el papel que la biotecnología está llamada a jugar como una de las más importantes bocanadas de aire en el proceso de valorización del capital que, como apuntaba André Gorz, se encuentra en este momento doblemente asfixiado frente a un límite interno y un límite externo. El límite interno es el agotamiento de un modelo de economía basado en el valor de cambio. El límite externo, el choque del crecimiento económico con los límites biofísicos del planeta, especialmente el de las materias primas energéticas.

No es el momento de entrar en explicaciones profusas sobre el asunto, ni en discusiones sobre matices de la naturaleza expansiva del capitalismo, que son de todo menos bizantinas debido a que el

diagnóstico correcto de nuestro momento histórico depende de afinarlas.⁹ Baste aquí con constatar la necesidad profunda del capital de huir siempre hacia delante, engullendo nuevos espacios ajenos al mundo de los negocios, para así contrarrestar sus propios bloqueos. Estremece pasar lista a todos aquellos aspectos de la vida cotidiana que antes eran autónomos, gratuitos, basados en la reciprocidad y que ahora son un sector de mercado, desde dar un paseo por el campo hasta hacer amigos o decorar una casa. La producción capitalista, como constató Postone siguiendo a Marx, es una especie de agricultura de tierra quemada a un nivel superior: consume las fuentes de riqueza material y, cuando esta deja de ser traducible al trabajo abstracto intercambiable en forma de mercancía, se traslada. Una enorme plaga de langostas que despedaza la riqueza real en pos de esa cosificación fetichista de gasto de tiempo que es el dinero. La imagen de la «economía cowboy», que popularizó Boulding en los años sesenta, todavía sirve bien para ilustrar el *ethos* predador de los distintos capitalismos, tanto de mercado como de Estado. En este sentido, los códigos genéticos que configuran la red de la vida se han convertido en una especie de última frontera en donde el proceso de acumulación capitalista puede proseguir con su *infinita marcha hacia el Oeste*.

El límite externo lo marca el pico de producción de petróleo. En su dimensión de crudo convencional, y por tanto barato, ha sido oficialmente sobrepasado en el año 2006. La superación de otros picos de materiales y recursos fundamentales para el metabolismo sociocultural industrial capitalista es también inminente. Estos datos anuncian el fin de una cornucopia material que ha sido fundamental para esta Belle Époque del mito del progreso que estamos dejando atrás para siempre. Es de esperar que los intentos inútiles de volver a una economía de base solar, manteniendo intactos los niveles de consumo actuales, tendrán en la experimentación transgénica un eje de investigación y desarrollo prioritarios. No serán pocos los suspiros por alguna generación de superbiocombustibles que se conviertan en la metadona que pueda mantener nuestra adicción social al derroche energético. La tentativa fracasará. Según Antonio Turiel, actualmente se emplea el 6,5% del grano mundial y el 8% de todos los aceites en fabricar un millón de barriles diarios de biocombustibles. Cuando se espera que el consumo mundial de petróleo supere los 90 millones de barriles diarios de aquí al 2017 se entiende bien que no existe quimera genética imaginable que pueda aumentar el rendimiento de las cosechas en tantos órdenes de magnitud. Pero sin duda, como nuestras élites se empeñan en demostrar tenazmente día a día, ellas prefieren gobernar un naufragio que cohabitar en un mundo¹⁰. Habrá coches movidos con biodiesel transgénico a costa de aumentar la incidencia global de la desnutrición crónica, importándola incluso a los países del norte.¹⁰

Los movimientos de expansión del colonialismo mercantil vienen facilitados por la virginidad del territorio a conquistar. Así, muchos de los grandes avances de la acumulación capitalista han tenido el signo distintivo de la criminalidad organizada sin eufemismos: han obrado sobre la apropiación violenta y la privatización fraudulenta de recursos que antes eran de todos. El cuento liberal de «la

⁹ Pues no nos encontramos ante una fase depresiva más del ciclo económico, y ni mucho menos ante una estafa, como se ha popularizado en ciertos ambientes con un lema estimulante aunque impreciso («No es crisis, es estafa»). Nos enfrentamos a una disfunción estructural que señala el final de una era.

¹⁰ De un modo similar podría analizarse la falsa promesa del *fracking*, espejismo energético que alimentará la última burbuja financiera posible antes de que el capitalismo se enfrente, de manera desnuda, a la imposibilidad física del crecimiento económico. Por si algún optimista se ha dejado seducir, los datos demuestran que el *fracking*, técnica de extracción de recursos fósiles marginales de baja calidad mediante la inyección de agua y arena a presión, no solo es un desastre ecológico y un sinsentido energético, sino también un absurdo económico: los pozos declinan su producción de forma salvaje, casi un 80%, el primer año de explotación. La prueba es que cinco años después de la explosión jubilosa del 2005 las compañías involucradas en el juego del gas de esquisto han estado acumulando pérdidas trimestrales millonarias y generando las dinámicas propias de mercados agotados (fusiones empresariales). Con los petróleos de pizarra extraídos mediante hidrofractura, el proceso será análogo al del gas. El farol energético descubrirá, tras su destape, una paisaje dantesco de cientos de miles de pozos fantasma, regiones enteras hundidas en el desastre ecológico y económico y un proyecto de civilización que habrá gastado, de manera desesperada, sus últimos cartuchos.

tragedia de los comunes», adaptado a las oportunidades que ofrecen las biotecnologías emergentes, está posibilitando la mayor ofensiva privatizadora de la historia. También la más delirante. Jorge Riechmann constata que entre 1791 y 1999 –208 años– el Gobierno de Estados Unidos reconoció unas seis millones de patentes. Desde 1999 se han constatado ¡tres millones de solicitudes adicionales!, la mayoría relacionadas con aplicaciones biotecnológicas. El rizo rizado del latrocinio nos lo ofrecen ciertos actos de biopiratería en los que materiales genéticos obtenidos a lo largo de milenios por culturas campesinas del sur son patentados por empresas del norte. Posteriormente estas empresas recurren a los tribunales para asegurar sus derechos de propiedad. El intento de patentar la ayahuasca por parte del traficante cultural Loren Miller ha sido la punta mediática de un iceberg. Bajo su línea de flotación, y sin saltar a la opinión pública, se oculta un expolio que no tiene precedentes en esa *historia universal de la infamia* que ha acompañado siempre a toda generación de propiedad privada. En este sentido ya Proudhon desveló, de forma memorable y hace más de 150 años, la verdadera naturaleza de esta institución sagrada en la religión impuesta por el capital: *la propiedad es un robo*.

El hurto criminal y a gran escala del saber popular es una de las manifestaciones de los nuevos escenarios de dominación que posibilitan los OGM, pero no la única. El sistema agroindustrial no se ha concentrado en pocas manos por culpa de los transgénicos. Esta era ya una realidad previa. Pero, como señala CAE, el nivel de dependencia tecnológica y el endeudamiento que los transgénicos facilitan supone una suerte de salto cualitativo, especialmente para grandes países agrarios del sur, en los que el autoabastecimiento ha sido siempre difícil. La India es un caso paradigmático de este *remake* perfeccionado de la Revolución Verde. La promesa de cosechas transgénicas más abundantes ha sido el anzuelo para la introducción de los OGM en el campo indio. Su implantación está destruyendo los sistemas agroalimentarios locales, dominados ahora por una tecnología exógena que, además de cara, está diseñada para ser irrecuperable (patentes, semillas estériles). De este modo las corporaciones no solo se garantizan el privilegio económico de un amplio mercado de carácter monopolístico. También apuestan por disponer de un resorte de poder político: el secuestro de cualquier atisbo de soberanía nacional mediante el chantaje permanente a la seguridad alimentaria de un país. Monsanto nos ayuda a dibujar las peores pesadillas neocoloniales imaginables: según Vandana Shiva, la *cosecha de suicidios* de campesinos indios acosados por las deudas alcanza ya los 160.000 desde 1997.

6

En *La invasión molecular* CAE plantea la cuestión esencial de la transformación social en términos mucho más correctos de lo que nos tienen acostumbrados la mayoría de los discursos descafeinados de algunos movimientos sociales: «Los procesos democráticos funcionan tan solo en una mínima parte cuando se trata de ralentizar la máquina de explotación pancapitalista [...] Necesitamos otros métodos de reappropriación del poder».

La cultura de protesta de nuestro tiempo está entumecida en ilusiones democráticas, cada vez más oxidada por un pacifismo que tiene el grave defecto de no ser táctico sino axiológico. CAE reacciona a este clima poniendo sobre la mesa la necesidad de plantearse el ejercicio de la fuerza como un método imprescindible para lograr ciertos objetivos, aunque siempre aplicada con ingenio y en la menor intensidad posible. El verdadero debate, por tanto, ya no debería enfocarse más hacia una discusión abstracta sobre la violencia, sino hacia el terreno mucho más oportuno del cómo emplearla sin ser víctima de la represión. Como cualquier persona vinculada a la lucha social puede constatar, la cuestión trasciende la resistencia contra las biotecnologías: es un debate perenne. Un debate que además hoy necesita urgentemente de nuevos puntos de encuentro, consensos efímeros pero operativos, que permitan a los movimientos de emancipación social escapar del movimiento

pendular de las falsas alternativas. Existe el reto de encontrar un punto medio entre la impotencia del activismo inocuo (y en el fondo profundamente teatral, más cercano a la dinámica de grupo que a la incidencia histórica real) y, en el otro extremo, la impotencia del martirio político suicida, el de los zarpazos ejemplares pero insignificantes, que el poder desactiva con facilidad.

En esta línea, una de las propuestas centrales del libro es la idea del *sabotaje difuso*. El sabotaje difuso recupera nociones básicas del pensamiento estratégico ya conocidas desde los clásicos chinos: la economía de recursos, la búsqueda del punto débil, la selección minuciosa y detallada de los objetivos. Incluso se permite darle una oportunidad al sentido del humor como herramienta revolucionaria al hablar del sabotaje desde una perspectiva lúdica, sugiriendo que este adopte el estilo de bromas pesadas. La naturaleza especial del material sobre el que operan estos sabotajes difusos facilita este estilo sutil: así, CAE señala que los experimentos genéticos son muy sencillos de contaminar, y por tanto de chafar.

El denominador común es formular un modelo de acción directa biológica que sea capaz de esquivar las trampas punitivas puestas por esta sociedad, que está dispuesta a catalogar como terrorista la más mínima expresión de disidencia. Es sabido que esta etiqueta otorga al poder un cheque en blanco para reprimir de un modo desproporcionado y desactivar las luchas. Se trata de ser capaces de incidir de forma objetiva y real sin entrar en su juego de policías y delincuentes.

Está por ver hasta dónde puede llegar una propuesta de este tipo, a la que se le intuyen con facilidad límites estructurales que moderan las posibilidades de acción y rebajan las alegrías. No obstante, y a falta de algo mejor, el sabotaje difuso es un estilo de acción que despeja algunos atolladeros insoportables en los proyectos de emancipación social.

7

De forma tangencial pero no por ello superficial, *La invasión molecular* es un libro que nos ofrece destellos para pensar la cuestión de la ciencia como institución de dominación, y de nuevo lo hace desde unas posiciones que son enriquecedoras para la actividad revolucionaria en general.

En el discurso de CAE confluyen la vertiente post-estructuralista, que se hace eco de la naturaleza sociológica, por socialmente construida, del conocimiento científico, y el argumento típicamente marxista, que nos pone en alerta sobre el papel social de la ciencia y sus intereses ocultos bajo un velo de falsa conciencia. En este sentido, *La invasión molecular* nos sitúa tras la pista del compadreo entre estudios científicos e intereses económicos en el campo biotecnológico. Respecto al papel social de la ciencia, CAE señala las similitudes entre la ciencia y la religión en tanto que instituciones que monopolizan el acceso a la verdad y median entre los sujetos y el mundo a través de mecanismos de fe. Según el colectivo, la analogía no deja de ser superficial, porque ciencia y religión no comparten narraciones fundacionales. Sin embargo, esta tesis es como mínimo matizable. No por casualidad, la revolución científica fue obra, en su mayoría, de teólogos.¹¹

¹¹ De un modo mucho más íntimo del que cabría esperar para nuestra mentalidad laicista, la racionalidad científica y la teología comparten mitos, pero también estructuras y esquemas conceptuales. Esto no es solo importante para desmitificar la ciencia sino para superar tópicos sobre la irracionalidad de las religiones, que nos conducen a infravalorarlas. La beligerancia atea ha generado un cierto espacio de ignorancia en la teoría crítica respecto al fenómeno religioso en todas sus manifestaciones, vacío que es peligroso porque, de primeras, combatir cualquier enemigo exige conocerlo.

Más acertados se muestran cuando nos advierten que la institución científica no es en sí misma un lugar de poder. Aunque posee un poder especial derivado del tipo de producción que la constituye, este poder está básicamente subordinado. Como el resto de los mundos sociales bajo la autocracia capitalista, tiene que demostrar su rentabilidad o perecer en el intento. El conocimiento científico está obligado a convertirse en una mercancía vendible más. Por tanto, como observa CAE, necesita de una retórica seductora o una aplicación orientada al entretenimiento. Un ejemplo: en el reino de la mercancía, un grotesco parque temático centrado en el mundo de los dinosaurios es el clavo ardiente al que tiene que agarrarse la investigación paleontológica para poder seguir existiendo y trabajando, aunque su ámbito de acción sean los mejores yacimientos de un país. Este es el tipo de vasallaje al que nos debemos en el mundo libre, en el que desarrollar una vocación es siempre el daño colateral de ser un mercachifle triunfante.

El análisis de CAE sobre el papel de la ciencia en la dominación social alcanza sus mejores resultados en aquellos pasajes en los que el colectivo nos invita a *asaltarla*. La necesidad de forzar la apertura de la ciencia a la participación de los no expertos se antoja fundamental para impedir sus tendencias inherentes a alimentar la opresión tecnócrata. De nuevo el falso pero intencionado sofisma de que los dilemas políticos y sociales son rebajables a cuestiones técnicas, de resolución circunscrita a la competencia de un grupo de expertos. Estos, por supuesto, se situarían hipotéticamente en una cuarta dimensión más allá de todo condicionante social e interés particular. No hay mentira flagrante más normalizada en la vida social moderna. Pero también *ocupar la ciencia* es el único procedimiento con el que cuentan los movimientos revolucionarios para dotarse de conocimientos precisos que permitan orientarse en un mundo de complejidad desbocada.

En este punto CAE se sitúa en la línea de corrientes como la ciencia posnormal, formulada por Funtowicz y Ravetz para atender a los desafíos de un mundo como el del siglo XXI, en el que los problemas socioambientales se presentan como «hechos inciertos, con valores en disputa, mucho en juego, y que requieren decisiones urgentes». Estas características invalidan cualquier ambición de entender la ciencia como algo más que *otra voz* dentro de un diálogo de saberes que es fundamentalmente político. Lo que obliga a ampliar esas «comunidades de pares» que desde la imposición del paradigma kunhiano certifican por consenso los conocimientos científicos, incluyendo la participación de agentes no cualificados técnicamente.

Bajo esta óptica, CAE ataca las fronteras aparentemente infranqueables de la división histórica y social del conocimiento científico y lo hace con una apuesta por el *sujeto amateur*. El sujeto amateur es aquel que en su condición anfibio está suficientemente capacitado para comprender y manejarse dentro del corpus de conocimiento de una ciencia. Al menos lo está en calidad de evaluador de decisiones sociales fuertemente influenciadas por aspectos técnicos. Y lo hace sin por ello pagar el alto precio de su cooptación institucional, su deformación profesional o una influencia excesiva y desequilibrante. Cualquier debate público de aspiraciones democráticas que incluya en su orden del día referencias necesarias a la ciencia moderna, y en este planeta devenido laboratorio casi no hay ninguno que de alguna manera no lo haga, tiene entre sus requisitos una masa crítica de *amateurs*.

La cuestión trasciende de manera especial. Decía Debord en 1967, y el espantajo siniestro de la historia del leninismo le dio finalmente la razón, que la revolución social depende *íntegramente* de que las masas sean capaces de asumir el trabajo intelectual que la revolución burguesa delegó en sus élites. ¿Bajo qué otra forma que no sea la del *amateur* los consejos obreros, o las asambleas de barrio en el contexto actual, podrían estar compuestos por estrategas y dialécticos?

La propuesta de CAE aporta alguna que otra pista. Señala la necesidad de mediadores culturales que sirvan de puente, de doble dirección, entre el esoterismo teórico-científico y los discursos y prácticas cotidianos. Quizá sea una manera de salvar uno de los déficits recurrentes de la emancipación social: los abismos abiertos entre un campo teórico hipertrofiado, artificialmente sofisticado, editorialmente saturado y proclive a todo tipo de demencias ajenas al más mínimo sentido común y, por otro lado, unas prácticas antagonistas que muchas veces están atrapadas en presupuestos teóricos supuestamente superados en los años treinta. A veces pareciera que aplicáramos al campo del pensamiento radical el dogma neoliberal de la extensión de la riqueza por goteo, cuyo corto alcance ya conocemos, pero con una contrapartida: en esa separación la teoría crítica se convierte, por desconexión de su única legisladora que es la práctica histórica, en una vanidosa y churriqueresca sandez.

8

Como cualquier otra propuesta teórica arraigada en la realidad, *La invasión molecular* aloja también grietas y fisuras, puntos débiles a través de los cuales podemos hacernos cargo de la actualización de sus planteamientos e incluso aventurarnos a una necesaria superación. Señalamos en este último epígrafe otras cuestiones sobre las que creemos importante ampliar la reflexión, cuestiones abiertas todavía hoy:

- La proposición central de la biorresistencia de CAE, a pesar de la afortunada atención concedida al sabotaje como táctica, persigue estratégicamente la necesidad de crear modelos para que la evaluación de riesgos sea accesible a los inexpertos en biología. En otras palabras, se espera resolver la cuestión transgénica mediante un proceso de democratización. Quizá una pregunta pertinente al respecto es: ¿Cómo se sostiene la idea de pretender *democratizar algo* (en este caso, las decisiones en torno a los OMG sobre la base de una información y un conocimiento público sobre estos) sin plantear la cuestión de las condiciones sociohistóricas que posibilitan una participación democrática efectiva? Este es un vicio teórico muy extendido. Nos referimos al paradigma del diálogo público y democrático basado en esa idea de racionalidad comunicativa tan habermasiana, que al final siempre se sustenta, a la vez, en la falsa dicotomía política/economía, que todavía es el armazón conceptual básico del antagonismo mayoritario. A este respecto, no deja de ser sintomático el suspiro de CAE por la posibilidad de existencia de laboratorios de investigación públicos, como si eso pudiera suponer algún tipo de viraje frente a las problemáticas que han analizado con inteligencia.

En este sentido, no parece ni fatalista ni maximalista afirmar que bajo el dominio de la mercancía un debate público real y no ilusorio raras veces puede producirse, y si se produce nunca podrá tener un efecto importante, porque la lógica del dinero lo triturará. La traición de las socialdemocracias y las deformaciones bolcheviques no son psicológicas ni morales. Son estructurales, impuestas por la dinámica del valor y su mediación, que es la misma forma política. Un debate como el que CAE plantea es incompatible con el capitalismo, solo se puede dar fuera de él. Y ese fuera no puede ser el Estado, sino más bien aquellos espacios sociales de autonomía que solo se alcanzan arrebatándoselos al capital mediante la confrontación, o descolgándose de él mediante cierta modalidad de exodo.

- «Afrontar la invasión molecular en su campo de batalla», mediante la extrapolación de la estrategia *hacker* de hacer un uso desviado de los recursos tecnológicos modernos, es fundamentalmente imposible, de primeras en su aspecto material. El propio CAE lo reconoce y lo expone. El *Do it yourself* biotecnológico no surgirá jamás porque la ingeniería genética requiere una infraestructura

global, a una escala que es irrecuperable por definición.¹² Incluso un hipotético laboratorio de algún Dr. Fu Manchú anarquista tendría muy poco margen de maniobra, como constata CAE. La alternativa: un uso parasitario de los recursos e infraestructuras del sistema a través de diversos intersticios, siendo el más fértil el trabajo con personas concretas. CAE se apoya aquí en esa concepción móvil y ágil de la resistencia que hicieron célebre Deleuze y Guattari con su idea de nomadismo. Tras unas décadas de nomadismo obligado, impuesto por la victoria de la reacción en los años ochenta, es legítimo al menos hacer la siguiente reflexión: ¿este nomadismo se ha caracterizado por una dispersión centrífuga creativa o, por el contrario, todo ha sido una suerte de repliegue desesperado, un contradispositivo de corte meramente defensivo? En un mundo que está enfermo de frenesí, que literalmente se muere de movimiento, lo subversivo y lo necesario (pues como constataron los situacionistas, *revolución o muerte* es ya la formulación lírica de una verdad científicamente objetiva) quizá pase por volver a encontrar la capacidad de enraizarse: en una comunidad, en un paisaje, en un sistema de ideas y valores.

- El relativismo gnoseológico, que impera en las modernas concepciones de la ciencia desde la irrupción kuhniana, es emancipador solo en apariencia. No podemos extendernos en exceso en las implicaciones epistemológicas de esta tesis, pero dados los actuales problemas parece importante recuperar un planteamiento ontológico realista. No podemos perder de vista que la catástrofe socioecológica no es una convención sociocultural, es un fenómeno objetivo, aunque esté mediado por distintas codificaciones culturales. Así, aunque la realidad tenga una dimensión socialmente construida, tiene otra dimensión dada, independiente de nosotros, que se impone y que es cognoscible en términos de verdad. Desertar de la pretensión de aprehender lo cierto, en pos de una retórica politizada y de una hermenéutica simbolista que nos aleja de los hechos para centrarnos en su interpretación, supone la sumisión práctica. Y la tarea esencial y siempre difícil de conocer lo que hay se sustituye por una literatura rebelde que es poco más que un tipo sublimado de vanidad.

En relación con la crítica al relativismo, es imprescindible tomar precauciones con respecto al marco teórico general de moda en las ciencias sociales y que podríamos denominar, a trazo grueso, constructivismo social radical. Como ya se ha señalado, este constructivismo resulta saludable, incluso imprescindible, en tanto que metodología que nos evita asumir preconfiguraciones del mundo cargadas de confusión y errores heredados. Pero se torna fatal si se amplia su estatus y su alcance a un nivel ontológico. El gran error de una buena parte de la teoría crítica ha sido sustituir la Physis, en mayúsculas, por la Polis, también en mayúsculas. En otras palabras, dar cobertura a esa ilusión durkheimiana de que lo social se explica solo por lo social, concibiendo a las sociedades como entes que flotan en el vacío. La idea se vuelve especialmente delirante cuando a este ente social omnípotente se lo piensa como una recombinación constante de arbitrariedades e intereses. Aquí está uno de los vicios teóricos que alimenta nuestra ceguera ante la problemática socioecológica y el tipo de encrucijada histórica que inaugura.

Ni la comprensión del colapso capitalista en ciernes, ni la puesta en marcha de la emancipación que queremos hacer venir pueden concebirse sin recuperar y profundizar en las implicaciones de una vieja idea. Esta idea es la base fundamental de cualquier sabiduría humana. Nos referimos a la idea de *límite*, de condiciones que se imponen más allá de las convenciones socioculturales, los deseos o los intereses. En relación a las biotecnologías emergentes, recuperar una idea de límite permite replantear el problema en todas sus implicaciones.

¹² En su nivel de participación y aplicabilidad, la computación personal es una excepción, y no una regla, del desarrollo técnico. En lo que se refiere a la degradación general de las posibilidades de las personas de autogobernar aspectos fundamentales de su vida social, quizás no sea una tecnología tan singular.

Independientemente de aplicaciones concretas muy específicas, interesantes de mantener aunque difícilmente puedan desgajarse del conjunto, la transgénesis es una tecnología alienante y peligrosa. No solo por sus efectos sociopolíticos en múltiples planos, aunque este sea el elemento más urgente del fenómeno. Tampoco porque permita alterar la naturaleza, que por otra parte siempre ha sido una red de relaciones ecológicas dinámica, en evolución, y parcialmente producida por la propia actividad de los seres vivos que la conforman (aunque bajo ciertas reglas inquebrantables, cuya ruptura tiene consecuencias devastadoras). Subyaciendo a todo esto, la prevención que aquí planteamos es la que sigue: la ingeniería genética no está concebida para alimentar al mundo o curar enfermedades; su función es alimentar materialmente, con milagros para hoy e infiernos para mañana, esa ilusión de desmesura que elimina y pervierte toda posibilidad de organización social de la plenitud aquí y ahora. Bajo el marco de esta desmesura se renueva la tragedia prometeica del poder, que en la sociedad industrial ha alcanzado su madurez, pero que es la misma que guió a otras megamáquinas sociales en los grandes imperios antiguos: los intentos de alcanzar para unos pocos lo que nunca podemos ser termina estropeando y pervirtiendo, para todos, las riquezas de lo posible. Y por supuesto, los perjuicios del desastre nunca se distribuyen de manera igualitaria.

Porque la fiesta de la muerte de Dios no puede terminar en un suicidio colectivo. Porque aún aspiramos a demostrar que hay vida antes de la muerte, una vida buena, que merezca la pena ser vivida sin resultar por ello un privilegio dentro de un búnker, permítannos declarar la gran injuria: sí, somos nosotros los enemigos del Progreso. O en otras palabras: los que aun sin salvación no queremos ser inmortales.

Emilio Santiago Muiño